

La Historia también puede entenderse como los diversos usos de la memoria, y la memoria dispone de un caleidoscopio de medios para expresarla, entre ellos los monumentos o la *monumentalización*, es decir, los testimonios, pruebas o registros materiales visibles al ojo común, para recordar algo o a alguien. Los monumentos son, también, para hacer pensar, para decir algo al que piensa, pero también para recordar y olvidar, para sacralizar o banalizar la Historia. Los monumentos son una especie de culto a la memoria, y habría que indagar las razones por las que alguien –persona o institución– quieren recordar u olvidar algo. Toda memoria se mueve entre dos escollos, la sacralización y la banalización dice Tzvetan Todorov: “la *sacralización*, aislamiento radical del recuerdo, y la *banalización*, o asimilación abusiva del presente en el pasado”¹. La *sacralización* tiene que ver con la creencia de que un acontecimiento, por lo general atroz, es singular o específico sólo para un grupo particular, sin importar que otros grupos, pueblos, etnias o naciones también lo hayan padecido. Por ejemplo, el *Holocausto* nazi, olvidando o minimizando los múltiples holocaustos que han padecido otros pueblos o etnias, como los armenios, los indios de India y de América,

los rusos o los chinos. La dignidad humana y el derecho fundamental a la vida, por supuesto, no pueden pertenecer solo a unos en detrimento de la memoria de los otros. Esta ritualización tiene el inconveniente grave de hacer

creer que basta con recordar un hecho singular para anular la realidad presente, que puede ser tan cruel e impía como la que nos quiere mostrar un monumento o un museo de atrocidades de los nazis. Y con el culto monumental a los héroes pasa lo mismo: sirve para recordar *ciertos* acontecimientos que interesan a alguien, pero ocultan y hacen olvidar todos los crímenes y genocidios que pueden estar detrás de ese heroísmo.

Pero la *banalización* tiene efectos contrarios a la –*sacralización*, pues se pierde toda especificidad y temporalidad de los acontecimientos, embutiéndolos todos en el mismo costal. Es común al estilo de etiquetar el comportamiento humano, las ideologías, sin ninguna precisión, y diluyendo o tergiversando su sentido histórico. Por ejemplo, sucede cuando de manera genérica usamos la expresión *nazi* o *fascista* o *terrorista* para referirnos al *otro*, cuando lo más probable es que dicha caracterización corresponda a quien la dice, con lo cual pretende encubrirse, o pretende banalizar, trivializar un crimen de lesa humanidad, como la *solución final* de Hitler. “A veces –dice Todorov– la sacralización y la banalización van de concierto, como cuando los responsables del Museo del Holocausto en Washington prohibieron la visita de Yasser Arafat con el pretexto de que este era un ‘Hitler reencarnado’”².

Por paradójico que parezca, la Historia, la memoria, la monumentalización no cumplen sólo la función de recordar, de hacer pensar a quien observa el testimonio, el monumento, sino que también hacen olvidar







o ignorar. O incluso sirve a una floreciente industria del *reality* del recuerdo o *industria del legado*, no sólo de los acontecimientos atroces o heroicos, sino de efemérides o hitos culturales o científicos. Por ejemplo, la celebración del IV Centenario de la edición del Quijote, o ahora los 250 años del nacimiento de Mozart, que se nos vino encima como un verdadero tsunami de toda clase de recuerdos, es decir, de mercancías, sólo comparable con el pato *Donald*. La monumentalización tiene un poderoso significado político y puede justificar toda clase de mitos, que en sí mismos no son ni buenos ni malos, todo dependerá del sentido y del contexto en que se expresen. El monumento a una pretendida *santandereanidad*, que se construye como atractivo o adorno de un proyecto turístico en el Cañón del Chicamocha, es también un buen ejemplo de la industria del memorialismo y del oportunismo político. “Para algunos comentaristas la ‘industria de la memorialización’, sobre todo en el contex-

to del Holocausto, así como la comerciabilidad del holocausto y su explotación en la cultura popular, pueden ser una tendencia peligrosa que reduzca el Holocausto a una atractiva metáfora de lo que fue un horror. Para los visitantes, la cultura y el entretenimiento se han mezclado peligrosamente”, dice Joana Bourke³. Para ella, recordar y celebrar un acontecimiento implica olvidar o ignorar otros, en los que no se está interesado por resultar demasiado incómodos. Por ejemplo, no reconocer el carácter civil de la Segunda Guerra Mundial; o que no existe ningún monumento del *soldado desconocido* a sus víctimas, o de que Francia fue una gran exportadora de judíos – judíos inmigrantes, alegaron después” a los campos de exterminio nazis. Por supuesto, las cosas no sucedieron en Francia, sino en el *Régimen de Vichy*. Y los *Días del recuerdo* son siempre para olvidar algo *inconveniente* a un supuesto honor o dignidad nacional. “La elección entre el olvido y la memoria sigue

Un tímido monumento

Cuando concluía el año de 1974 y la Asamblea de Santander era presidida por el fallecido diputado Rodolfo González García, fue aprobada la ordenanza 19 “por la cual se honra la memoria del ilustre santandereano, doctor Florentino González, y se conmemora el centenario de su muerte”. Esta ordenanza recordaba cómo este brillante publicista liberal, nacido en Cincelada (1805) y fallecido en Buenos Aires el 12 de enero de



1875, había dejado una profunda huella en la historia nacional como estadista, diplomático y tratadista de Derecho Público. Por ello, se ordenó erigir en “el campus de la Universidad Industrial de Santander un busto en bronce del benemérito santandereano en la fecha del centenario de su muerte”.

Efectivamente, el escultor Carlos Gómez fundió en bronce el busto ordenado y pagado con las rentas departamentales. Pero en vez de dominar el campus fue puesto, sobre un pedestal de madera, en un oscuro rincón de la sala del Consejo de la Facultad de Ciencias Humanas. Un cuarto de siglo después, un decano aprovechó una reforma locativa para sacarlo de su rincón y exponerlo a la

luz en la entrada del edificio de dicha Facultad. No obstante, aún este tímido monumento no se atreve a ocupar su lugar público en el campus, como fue ordenado por la Asamblea Departamental, para mantener viva la memoria “del egregio exponente de la raza, la cultura y la tierra santandereana, quien a lo largo de su dilatada vida pública dio honor a la comarca nativa y a la República”.

¿Ha llegado ya la hora en que este tímido monumento puede ocupar su lugar en el campus de la UIS? ¿Quién puede hacerlo hablar de sus acciones memorables a los oídos de las nuevas generaciones?



44

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

siendo cosa nuestra”, sentencia Bourke al final de su libro, escrito desde una perspectiva de las víctimas.

Sacralización, banalización, olvido, industria de la memorialización, no son procesos que ocurran sólo en la esfera de los acontecimientos histórico universales, como las guerras o las grandes catástrofes sociales, con un significado global. También a escala regional o local, con mayor o menor grado de parroquianismo, pero con efectos análogos, funcionan. En fin de cuentas los seres humanos vivimos nuestra cotidianidad en lo local y no en lo global, pero en nuestro imaginario –consciente o inconsciente” tejemos una *realidad* que combina lo uno con lo otro, es decir, una realidad “glocalizante”. Así que levantamos monumentos como testimonio o prueba de que *tenemos historia* digna de ser recordada, pensada, perpetuada. Algunas preguntas pertinentes serían: ¿Qué historia? ¿Una historia fuerte o débil? ¿Qué queremos recordar y qué olvidar? ¿Cuánto de ficción o de farsa o simulación? El pueblo más miserable tiene al menos un monumento a la bandera o a algún *hijo ilustre* que ya nadie sabe quién es o por qué lo fue, pese al monumento. Toda institución –más si es estatal” quiere estar adornada de monumentos a la patria, a la nacionalidad o al culto a la personalidad.

No escapan a esta costumbre las instituciones universitarias, tanto públicas

como privadas, casi siempre exaltado el *pensamiento* o gestas épicas de conquista de la libertad o glorificando valores y dignidades abstractos. O bien como lugar público por excelencia para albergar obras de arte monumental, de artistas nacionales de reconocida prestancia internacional. No puede decirse que en sí mismo esté bien o mal; como ya he precisado, todo depende del sentido y del contexto, y también, claro está, de la tradición acumulada en las instituciones, y del interés por convertir el *campus* en un ambiente de placidez estética, como corresponde a un recinto que reclama para sí la cuna de la racionalidad moderna. Las universidades que han sido morada natural de los grandes creadores de ciencia, filosofía y tecnología están llenas de una monumentalidad del pensamiento y de arte. Y un lugar importante es ocupado por los mecenas y filántropos que han practicado gran generosidad con el desarrollo patrimonial universitario. En todo caso no es una característica colombiana de las elites empresariales y financieras, o tal vez con muy contadas excepciones.

Una Universidad como la UIS, con un historial de apenas 58 años, no cuenta con una monumentalidad propia; pero en las más antiguas universidades colombianas es también muy exigua. ¿No tenemos verdadera historia? No quiere decir que tengamos que llenarnos de estatuas de próceres o de personajes ilustres, pues nos pueden llegar por montones. Ha habido un cierto desdén y hasta un desprecio por construir una *memoria monumental* que nos haga *pensar o recordar* algo o a alguien. Pareciera como si no quisiéramos recordar ni olvidar nada. Algún icono revolucionario, como la imagen del padre Camilo Torres, persiste por inercia, en el edificio que lleva su nombre; algunos murales escondidos de artistas reconocidos –como Sonia Gutiérrez o Spinoza”, alguna efigie del más importante de los fundadores –a mi modo de ver”, Julio Álvarez Cerón, en el patio de la Casona La Perla, sede nacional de los egresados, pero sin que nadie sepa *qué hace ese señor ahí*, o por qué una calzada de la Universidad también ostenta su nombre; algunos edificios evocan el nombre de viejos y míticos profesores, que sólo recuerdan los egresados mayores de 60 años; y por supuesto, existe un número indeterminado de placas de bronce o mármol, dando cuenta de la inauguración –y por quiénes” de todo lo que ha podido ser inaugurado en 58 años. Una copia de una fuente colonial adornó en los últimos años la portería principal de la Universidad, en un ambiente paisajístico poco propicio, y que en buena hora será reinstalada en un ámbito más favorable. Las reformas urbanísticas actuales prometen innovar el entorno y dar esplendor al portal principal creando una gran plazoleta, que incluye por primera vez una obra de arte monumental, tanto por el tamaño como por el artista donante, el finado Eduardo Ramírez Villamizar, “[...] un artista constructivo. Uno de los primeros en Colombia, uno de los más importantes de América Latina. Por la osadía de muchas de sus proporciones, así como por la notable coherencia interna de su obra, es



Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

una figura destacada de la escultura internacional.” Así lo define uno de sus críticos más importantes, Federico Morais, en su espléndido ensayo *Utopía y forma*. Sin duda una próxima reforma urbanística debe incluir en este conjunto excepcional, no solo de la Universidad, sino de la ciudad, al *Bolívar ecuestre*, que por falta de memoria es llamado por la ciudadanía *El caballo de Bolívar*. Este ensayo de crear monumentalidad artística puede ser un buen comienzo para convertir el *campus* en hábitat o morada de una colección escultórica como existe en muchas universidades del mundo, a cielo abierto y ojalá acompañada de un magnífico jardín botánico. Y claro, algún día tal vez pueda habitar el busto de algún Premio Nobel *made in UIS*. O de algún político estadista santandereano que haya logrado contribuir a la reivindicación de la dignidad de la vida civil colombiana, o al menos de la región que quiere tener *santandereanidad*, no como sacralización ni banalización. Merecemos otra suerte y otro destino.

1 Tzvetan TODOROV. Memoria del mal, tentación del bien. Barcelona, Península, 2002, p. 195.

2 Ibidem, p.198.

3 Joana BOURKE. La Segunda Guerra Mundial. Barcelona, Paidós, 2002, p.191.